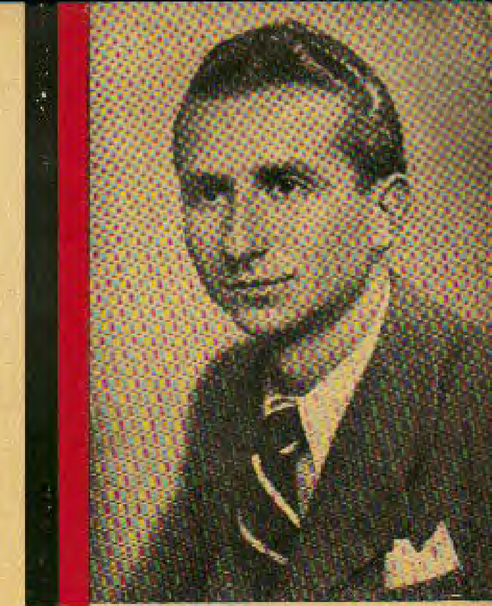


Grandezas y Miserias de la revolución social española

por

f. martí ibañez

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN EL CINE COLISEUM DE BARCELONA EL DIA 7 DE MARZO DE 1937.

OFICINAS DE PROPAGANDA
CNT FAI



Grandezas y miserias de la Revolución Social Española

El domingo, día 7 de marzo, a las once de la mañana, en el cine Coliseum, nuestro camarada el doctor Félix Martí Ibáñez, desarrolló el tema "Grandezas y miserias de la Revolución social española", séptima conferencia del ciclo organizado por las Oficinas de Propaganda C. N. T. - F. A. I.

Abrió el acto nuestro compañero Jacinto Toryho, secretario de las Oficinas de Propaganda y director de "Solidaridad Obrera", pronunciando las siguientes palabras:

"Camaradas, trabajadores de Barcelona, de Cataluña y de toda España: Este ciclo de conferencias ha sido interrumpido por diversas necesidades de carácter orgánico, que hacían imposible la celebración de nuestros actos, tan brillantemente acogidos por el proletariado todo. Satisfecha esta necesidad, reanudamos hoy el ciclo, ocupando nuestra tribuna nuestro compañero el doctor Félix Martí Ibáñez, que va a disertar sobre "Grandezas y miserias de la Revolución social española".

PALABRAS PRELIMINARES

Compañeras y compañeros de lucha: Agradezco el honor que la C. N. T., por mediación de sus oficinas de Propaganda, me confiere al solicitar mi colaboración al magno ciclo de conferencias por ella organizado. Y me satisface por una serie de razones. Ante todo, por depararme una oportunidad de hablar claro sobre el momento social y sus complejidades, plasmando así en voz alta mis meditaciones sobre el mismo, y, además, porque ahora más que nunca es preciso que todos los hombres que tienen una resposabilidad revolucionaria en el presente, establezcan con frecuencia esa comunidad espiritual que se forja en esta clase de actos cuando el orador y el público no acuden a buscar, el uno,

la bandada de pájaros invisibles del aplauso, y los otros, una espolada lírica a su entusiasmo, sino que vienen como aquí sucede, a intercambiar sus pensamientos, a poner en hora sus emociones, a sentirse hermanados espiritualmente por ese lazo impalpable, pero recio y firme, que se anuda dondequiera se encuentran un grupo de hombres honrados y de buena voluntad, a los cuales guía el mismo afán ideal y la misma romántica entrega a una causa noble.

Vengo hoy aquí, por lo tanto, a hablaros con la claridad y la sincera rudeza que son en mí habituales. Vengo a decir mi verdad, modesta y pequeña, acaso equivocada, pero respetable siempre por venir avalada por mi ferviente voluntad a servir a la Revolución. En contra de ciertas tendencias a la imagen y al lirismo en mí irreprimibles, voy a hablaros con palabras desnudas de toda retórica y que desearía fueran armadas de garras y dientes con los cuales apresar el cuerpo del tema para arrancar de él pedazos palpitantes de verdad histórica. Os demando, no entusiasmo, que os sobra, sino meditación, reflexión, pues voy a hablar a vuestro cerebro ya que sé que no hace falta estimular la Primavera revolucionaria que florece en vuestros corazones, con el rocío de las palabras. Y os hablaré con sinceridad y hombría, pues siguiendo en ello la norma confederal, yo, que acato y defiendo la soberanía de la masa popular, he procurado siempre, para mejor servirla, conservar la independencia de mi pensamiento, sin halagar nunca a nadie para obtener un aplauso, pues cuando mi criterio no iba sincronizado al de las masas populares, he preferido decirles lealmente mis disparidades y que ellas se quedasen con su aplauso y yo con mi integridad de conciencia y mi libertad de pensamiento.

Yo he dudado largamente sobre el tema a desarrollar, por dos razones: En primer lugar, porque contra los que combaten la dialéctica he de decir que yo soy un enamorado de la palabra, cuando esa palabra es algo más que una paloma de colores y los discursos no son castillos de brillante pirotecnia. Llevo diez años entregado a la propaganda de múltiples causas humanistas y revolucionarias. Desde la Eugenesia y la educación juvenil a la agitación revolucionaria, y en estos diez años he visto que la palabra es un arma formidable de combate y un potente instrumento de trabajo.

La palabra puede crear, orientar, dirigir, y en aras a esas posibles y excelsas finalidades, la palabra debe ser puesta siempre al servicio de una causa noble. Hoy más que nunca, se impone esa responsabilidad. La palabra no debe ser látigo, sino brújula, y he ahí el porqué colocamos hoy esa palabra al servicio de un tema que estimo de alta ejemplaridad: Las grandezas y miserias de nuestra Revolución. Os parecerá pretensión que sea un hombre joven el que intente acometer esta atrevida empresa. Pero es que quien os habla, que es más viejo por dentro que edad física tiene, lo hace con el objeto, no de aleccionar a nadie, sino de lanzar una voz de alerta sobre posibles peligros que amenazan a la Revolución. Y un aviso de tal índole puede venir hasta de un niño que no sabiendo prevenir un peligro podría, en cambio, llamar nuestra atención sobre el mismo.

Se ha hablado y escrito mucho sobre las glorias de la Revolución y nadie —por olvido o vergüenza— ha demostrado sus pequeñas miserias. Y es ya hora de que no se limite todo a contar la epopeya ibérica, sino también a señalar las motitas de polvo que, interpuestas en el engranaje de la maquinaria revolucionaria, podrían llegar a entorpecer su funcionamiento.

Un pintor florentino, célebre en los fastos del Arte, sometía sus obras antes de estar finalizadas, al juicio de un coro de admiradores, pero mucho más que las alabanzas que le inducían a acentuar los co-

lores y perfiles más notables de sus lienzos, estimaba la crítica de un humilde discípulo que, señalándole los defectos, le marcaba el modo de corregirlos. Y al cuadro genial pintado sobre el caballete de la Historia por el proletariado ibérico con armas y utensilios de trabajo por pinceles que se mojaban en el color de su propia sangre, hace falta citar aquí dos detalles que interesa subsanar para mejorar la excelsa obra. Y esta empresa es la que emprendo, consciente de mi ineptitud para llevarla a buen término; pero igual que la imaginación del artista suple en su fantasía el trozo que falta para completar el arco de piedra roto que eleva al azul su armazón granítico, así lo que falta en mis palabras lo suplirá vuestra voluntad de artistas creadores de la obra genial de la Revolución ibérica.

No es fácil enjuiciar ahora nuestra Revolución. Estamos en pleno desarrollo de la misma y, además, siendo actor en su escenario, nos falta serenidad para enjuiciar hombres y hechos y la perspectiva histórica para dictaminar sobre el camino seguido. "Es más agradable y más importante tomar parte en una Revolución que escribir sobre ella", ha dicho Lenin, piloto de multitudes, y así preferimos ahora la acción, la acción enérgica y creadora a la que fué investigación de la verdad histórica. Pero si, al modo que Macaulay, el gran político y poeta hizo al escribir su "Historia de Inglaterra", podemos ciertamente hablar de ese pedazo de Historia Universal que vivimos, escrutándolo con mirada intuitiva y analítica, analizando sus hechos fundamentales para fundamentar en ellos nuestro juicio, estando así siempre a tiempo de modificar la Historia en lo futuro como demandaba Goethe.

Examinemos, por tanto, las líneas históricas de nuestra Revolución y aprendamos a amarla cada vez más, en la grandeza de sus orientaciones como en las miserias de ciertos detalles, puesto que siendo la vida un tejido de contrastes, mejor podemos amar la gloria de una gesta histórica poniendo como contraluz a las grandezas la pequeñez de los detalles, siempre dignos de respeto y amor, porque hasta en sus errores se traduce el idealismo y la nobleza de la Revolución ibérica.

*

INDIVIDUO Y COLECTIVIDAD

Conocéis esa correlación armónica existente en todos los órdenes, entre lo individual y lo colectivo, por la cual el individuo reproduce en sí mismo todas las fases y atributos de lo colectivo. En Biología, el ser humano pasa desde su nacimiento hasta llegar a su estado adulto, por todas las fases por las cuales ha pasado la especie hasta llegar a constituir el ser humano. En Arte, las técnicas del pintor reproducen desde sus comienzos infantiles las mismas etapas por las cuales pasó la Humanidad en su evolución artística; y así los monigotes que dibuja toscamente el infante, se asemejan a aquella infancia del Arte en la cual el hombre de la Edad del Hielo pasaba las noches frías e interminables pintando ingenuos bisontes sobre el lienzo de piedra de las paredes de su cueva.

En Psicología, el individuo posee en lo inconsciente formidables potencialidades y fuerzas creadoras, y en Historia la vida de los individuos va en ocasiones paradójicamente ligada a la de los pueblos, y así muchas actitudes y gestos individuales no son sino reproducciones en el espejo diminuto de lo personal, de los gestos grandiosos que un pueblo realiza ante el espejo ilimitado de la Historia.

En nuestra Revolución, veréis cómo el individuo y la colectividad, la persona biológica del trabajador y su personalidad histórica, se entrelazan y presentan una simultaneidad de problemas. El 19 de julio, un obrero salía de su casa al oír la llamada del clarín proletario y se lanzaba a la calle con un arma en la mano o dispuesto a encontrarla donde se hallase. En aquel obrero, héroe anónimo de la epopeya, se encarnaban todos los obreros idealistas que se lanzaban a defender la Libertad, y en su brazo justiciero al aprestarse a la lucha, vibraba la indignación ante toda una trágica memoria de encarcelamientos, persecuciones, atropellos de obreros, miseria en los hogares, hambre en los niños, que constituían el trágico "haber" de la vieja España. Contra todo aquello se levantaba como gladiador del Ideal, el obrero que el 19 de julio salía a la calle en busca de la Libertad y de una sociedad nueva, a fin de, en su golpe de mano audaz, recuperar el "debe" que estaba en blanco en los libros de la Historia y nivelar así, gracias a su heroísmo, el balance del proletariado español. El cautivo rompía sus amarras individuales y se lanzaba a la búsqueda de su destino o de la muerte.

Pero en la calle, aquel hombre heroico se encontraba con otro y con muchos más que salían a vindicar sus pasados agravios y a oponer un dique al enemigo secular. Y al agruparse todos, el individuo pasaba a formar parte de una colectividad en armas, y junto a la gesta personal se alzaba ya el movimiento popular, la Revolución de toda una masa obrera organizada, la rebelión de un pueblo. Y si a cada hombre le empujaba como a tal la conciencia propia de sus deberes, al pueblo le impelía la conciencia histórica de sus derechos. Así, el 19 de julio, cada obrero se lanzaba a pelear alentado por su conciencia histórica de pueblo oprimido. Y ambas fuerzas le iban a llevar a realizar el movimiento revolucionario de emancipación social más notable que registra la Historia. Vencimiento del enemigo fascista y desarrollo de una Revolución social. He ahí las dos finalidades que el hombre y el pueblo perseguían cuando el 19 de julio se lanzaron a la lucha que iba a ser decisiva para España. Análogos resortes jugaban en la psicología individual y en la colectiva, y al apretar la Historia tales resortes, iba a disparar un movimiento gigantesco que conduciría a la liberación individual y a la emancipación colectiva de un pueblo. A los siete meses de lucha, contemplamos aún a ese hombre firme ante la barricada y a ese pueblo al pie de su baluarte histórico. El hombre escribe Historia con su lucha, el pueblo eleva y dignifica el nivel moral de los obreros que lo integran con su misión histórica. Y aquí ya comenzamos a comprender la grandeza histórica de nuestra Revolución.

JUSTIFICACION CIENTIFICA DE LAS REVOLUCIONES

Todos los que aún no han comprendido nuestro movimiento deben pensar en que histórica, biológica, social, política y psicológicamente, todo determinaba de modo fatal el advenimiento del proceso revolucionario.

La Biología, desde De Vries, y más recientemente con Uexküll, nos enseña que la vida evoluciona suavemente, pero que para que esa vida se perpetúe e inmortalice son necesarios los saltos evolutivos, la revolución biológica, por la cual desaparecen bruscamente unas especies o

los caracteres de las mismas para ceder paso a otras nuevas, más aptas y vigorosas.

El Psicoanálisis nos enseña, al investigar sobre la psicología profunda de los pueblos y los movimientos sociales, que en esos estallidos del inconsciente popular que son las Revoluciones —como en la vida individual lo son ciertas crisis sentimentales— reside la clave y la garantía de la buena marcha y desenvolvimiento ulterior de la vida mental de los pueblos.

Políticamente, el imperialismo romano, el liberalismo griego, el nepotismo renacentista, la aristocracia feudal, la burguesía enciclopedista y el capitalismo hasta hoy vigente, son sistemas políticos a circuito cerrado, es decir, que por no tener una directriz orientada hacia un futuro, limitan todo su perfeccionamiento a una serie de rodeos sobre su propio eje hasta agotar sus energías y ceder paso mediante una crisis histórica revolucionaria a un nuevo sistema que vendrá a substituirle. Y como es ley que la buena política debe ir desde lo subjetivo a lo objetivo, porque lo subjetivo es la teoría y lo objetivo la realización, todos esos ciclos han ido evolucionando desde planos puramente abstractos y teóricos hasta el plano objetivo y plástico de las grandes realizaciones obreras a las cuales abría pórtico la Revolución.

Históricamente, la Humanidad ha pasado por una serie de fases cuya representación gráfica sería la espiral, es decir, un camino en el cual la Humanidad describe grandes círculos, avanza y retrocede al compás de sus inquietudes, de sus anhelos, de ese conjunto de factores que se denomina "circunstancia histórica", pero siempre, aun en sus retrocesos, al situarse en puntos similares a los ya superados en tiempos anteriores, avanza, y cuando ese avance evolutivo se ve detenido por obstáculos insuperables, cuando el río histórico amenaza degenerar en charca, porque un dique se opone a su avance, entonces sobreviene la Revolución como expresión exacta de esa necesidad con la cual se impone el deber de acelerar el ritmo de la evolución, demasiado lento hasta aquel instante. Pero la Revolución es una crisis histórica, no una situación permanente, pues la vida es siempre ritmo, compás, armonía, y así, tras la Revolución —una vez dominado ese fantasma de la contrarrevolución que la sigue como la sombra al cuerpo—, sobreviene el orden revolucionario, consolidación y recio afirmamiento de lo que brotó de una manera impulsiva en el período revolucionario. La Historia es, por tanto, y nuestro viejo Eliseo Reclus nos lo enseñó así, un vasto proceso evolutivo en cuyo censo se insertan las Revoluciones como las cuentas en el hilo del collar. Los hombres establecen —ha dicho Romain Rolland— un contrato de asociación entre ellos, y cuando ese contrato no llena en sus cláusulas rígidas y en su estatismo las finalidades que demandan los tiempos nuevos, se trunca el proceso evolutivo que se desenvolvía y sobreviene una Revolución tras la cual se crea un nuevo contrato de asociación entre los hombres. Por eso, porque las ideas no se pierden nunca y las acciones nobles dejan una siembra, es por lo que en la Historia las Revoluciones fueron siempre fecundas, y desde la Revolución mística de Vivekananda a la Revolución de Cromwell en Inglaterra, absolutamente en todas las ocasiones en las cuales se rompió la cadena de un oprimido o se sacrificó un hombre por el Ideal, la Revolución dejó una estela perdurable en la Historia. La Revolución, he ahí su grandeza histórica, es el eslabón presente de una cadena de hechos cuyos primeros anillos están sumergidos en el océano de los tiempos pasados. Las gentes timoratas o cobardes se asustan ante la conmoción revolucionaria que destroza unas instituciones, derriba de su pedestal los falsos ídolos y coloca una nueva ordenación de valores. Y es porque esa gente ignora que la Revolución es la afloración superfi-

cial de un hondo proceso, es decir, que los hechos históricos traducen a la realidad histórica que los fertiliza y produce, como las florecillas de ciertos terrenos denuncian la subterránea corriente que las vivifica.

La Revolución, que vista a través de nuestra óptica individual podría aparecer como salto o desnivel social, no es sino un paso cuando se la contempla desde lo alto de las cimas de la Historia. Y lo interesante, más que los hechos en sí, es la realidad histórica que los fertiliza. Los hechos son solamente puntos vivos dentro de un enorme volumen histórico, y no es posible comprenderlos más que engarzándolos con otros y considerándolos como manifestación momentánea "de un vasto proceso vital, de fondo orgánico amplísimo", que es la Historia toda de nuestro proletariado. Nuestra Revolución, de acuerdo con este concepto, es tan sólo un hecho, un fragmento de una amplia realidad histórica en la cual se inserta como pieza de un mosaico. Y nuestra Revolución no la hemos hecho nosotros solamente. Ha contribuído a ella el grandioso movimiento social iniciado hace cientos de años en favor de la reivindicación obrera y la justicia por hombres generosos, propagandistas abnegados que, arrostrando la cárcel y el destierro, levantaron su voz en tiempos de represión y usaron de su palabra como una espada con la cual combatían las iniquidades, las injusticias, los atropellos de que se hacía víctimas a los oprimidos en nombre de principios tradicionales que se llamaban Patria, Religión y Orden. Factores preparatorios de la Revolución fueron los emanados de la odiosa actuación de nuestros enemigos: jornales de hambre, casas sin sol, hogares sin pan, niños tuberculosos, campesinos hambrientos, mujeres prostituídas, adolescentes analfabetos, militares chulescos, clérigos intrigantes, aristócratas frívolos, obreros agonizantes sin asistencia, hombres usados como carne de mina o de cañón, y hasta las propagandas enconadas de las derechas españolas contra los tímidos avances sociales de la República, han contribuído formando un siniestro conjunto a desencadenar la oleada revolucionaria que, arrastrando tanta miseria, se llevó riada abajo tales horrores y a sus causantes, para hacer que el limo maldito de las riberas sociales en donde anidó tanta desolación fuera arrancado de cuajo, dejando tan sólo la roca viva que resistía bajo él, el idealismo obrero, sobre el cual a martillazos estamos esculpiendo ya la nueva estatua revolucionaria.

Y esa es una de las más altas grandezas de nuestra Revolución, la de significar un avance histórico, un brinco hacia el porvenir que embestimos alegremente, significa hogares con sol, mesas con pan y ciudades rumorosas por la sinfonía del trabajo, campos en donde la espuma dorada de las mieses emerge el náufrago de bronce del segador, niños con escuela, mujeres con derecho al amor, obreros con derecho a la vida, todo un salto a la Libertad, a la Cultura, al Progreso, diametralmente opuestos a esa regresión a la Inquisición, al militarismo dictatorial, al feroz capitalismo que ellos defienden y que al desvanecer el polvo de la pelea que les ciega, desapareció también como un fantasma maldito, como fantasmas de la noche que barrerá la luz del sol de la Victoria.

LOS HOMBRES DE LA REVOLUCION

El hombre y el pueblo que hemos siluetado, en pie el uno ante la barricada, y el otro sobre la línea del horizonte histórico de la época, han realizado una bella labor de enorme trascendencia social; pero en

el momento presente advertimos señales inequívocas: el recelo de algunos sectores populares y la vacilación en otros, indicadores de que urge rectificar ciertos rumbos si no se desea enfilar por vía muerta el convoy de la Revolución.

La propaganda al uso es una rumorosa frondosidad de exaltaciones líricas de la Revolución. Pero ese cuadro que los oradores pintan es demasiado perfecto. Le falta el contraluz que da expresión y carácter a lo inexpresivo. Un paisaje no es solamente cielo azul, frondas esmeralda, arroyos plateados y albercas de azules aguas. Un paisaje es también la charca fangosa de barro. Describir la charca es también cantar el paisaje, porque mirado con amor, en todo hay belleza, y como dijo el novelista, también en las charcas hay "nenúfares y policromas irisaciones", motivos poéticos que al no describirse convierten el paisaje en un gris y helado perfil geométrico. Y es siempre más humana y amable la pintura hecha con manchas de color, con imperfecciones inclusive, que el boceto perfectamente delineado, pero en cuyas líneas falta la vida. Pincelemos, por tanto, amorosamente, las grandezas y miserias de la Revolución.

La Revolución es fruto de la integración de dos factores: "El Hombre y la Historia". De ésta, ya nos hemos ocupado; de aquél, vamos a hablar extensamente.

Nuestro movimiento es la plasmación de una idea, lo cual ya establece el eterno interrogante de lo que es supremo: "El hombre o la idea". Para nosotros, aquella jerarquía de la idea sobre el hombre no existe. Los hombres son los creadores de las ideas, y hacemos nuestra aquella frase que un pensador aplicó a cierto agitador indio, diciendo: "Tanta o más confianza que su credo, me la inspira el hombre que va a desarrollarlo".

Sí. Nuestra idea revolucionaria fué gloriosa y elevada, pero nunca esa idea hubiera llegado a cobrar corporeidad histórica sin el arrojo y la abnegación de los hombres que la forjaron con su heroísmo.

Los hombres del proletariado español que han sido capaces de la gesta revolucionaria deben, por lo tanto, merecer a todos el respeto y la admiración que en todo espíritu imparcial despiertan el idealismo y la valentía al servicio de una causa noble.

En Ginebra oí decir a una joven demócrata checoeslovaca: "Admiro al proletariado español. No soy marxista ni anarquista. Pero debo de admirar a los hombres que supieron investir con el sacrificio de sus vidas a tales ideas de un halo de humana e inigualada grandeza". Afirmación que debiéramos hacer nuestra todos, y en la cual radica el secreto de esa tan buscada unidad proletaria, mariposa rauda que escapa aún a todas las redes, pero que será nuestra el día en que sepamos, al ver un hombre heroico, un trabajador infatigable o un luchador entusiasta, no preguntarnos: "¿A qué partido pertenece?", sino decir: "¡Es un hombre leal y valiente, es un revolucionario; pues a su lado, sea cual fuera su ideología, está nuestro corazón, y a él se tiende nuestra mano!" Ése es el secreto de la unidad obrera. De una unidad que no ataría con el lazo abstracto de cláusulas que viven sobre el papel y se mueren en la calle, sino una unidad que, por crecer espontánea entre los hombres, ataría tan fuertemente a los buenos y heroicos, que nada podría separarlos. Rindamos, por tanto, previamente un homenaje de admiración a todos los hombres —sea cual fuese su ideología— que el 19 de julio abrieron con su pecho a Iberia las puertas de la Historia. Esos hombres han sido los constructores de la Revolución. En los puestos de responsabilidad política y técnica más tarde, en el frente siempre. Bienintencionados y altruistas en sus afanes, yo me complazco, antes de entrar en el enjuiciamiento

de su labor, en rendirles un tributo de emotiva simpatía. Porque ellos fueron creadores hasta en sus equivocaciones, y suplieron a veces su falta de preparación con su voluntad y entusiasmo. Por no haber sido perfectos ellos la Revolución tuvo errores, pero acaso el no ser perfectos les ha llevado a realizar una Revolución genial hasta en sus tropiezos. Tuvieron que ser esos hombres —de los cuales la C. N. T. ha sido filón inagotable—, y no otros los creadores de la nueva sociedad revolucionaria. Porque a haber existido otros más perfectos si queréis, pero menos abnegados, que no han existido, a haber existido otros, lo que no existiría ahora sería la Revolución social española.

Aquellos hombres se hallaron de repente con que una vez transcurridas las primeras jornadas de lucha se les entregaba una España por modelar en sus manos. Muchos de ellos salían de la cárcel o venían del destierro, y se veían, por obra de una pirueta histórica, teniendo en sus manos aquella España obrera por cuya redención tanto habían sufrido y tanto habían soñado en la cárcel; en esa cárcel de la cual han salido tantas cosas grandes: desde el Quijote hasta la Revolución.

Grandeza y miseria de la Revolución. Los soñadores encadenados se veían de pronto con las cadenas rotas y alas en el espíritu para volar hacia horizontes nuevos de libertad y de trabajo. Muchos se adaptaron pronto a la nueva exigencia histórica del momento, y hoy son maquinistas del tren que conduce a la Revolución española. Otros, los que durante largos años vivieron atados por la cadena de sus prejuicios, hoy, a pesar de que vocean ser defensores de la Libertad, dejan oír, al andar, ruido de cadenas, son los trozos de cadena que les cuelgan del alma y no les dejan marchar libremente.

Lo que entonces y aun ahora imponía la circunstancia era "pensar en grande". Se trataba de rehacer un pueblo. Y lo que pasó por el cerebro de Miguel Angel cuando, a martillazos, acometía los bloques de piedra gigantescos, de los cuales hacía surgir la anatomía heroica de sus figuras, pasó por el alma de todos cuantos desde antes del 19 de julio luchábamos por la Revolución, y vimos entonces campo abierto y manos libres para realizarla. De esos hombres, unos marchan todavía roturando el campo de la Revolución con su trabajo, fertilizándolo con su sudor y su sangre, cultivándolo con manos limpias y alma sencilla de labrador. Pero otros han hecho del campo revolucionario un arca para su botín, y marchan por él con las manos sucias y el alma negra, defendiendo un ideal que para esas aves de rapiña no es el fascismo, porque les falta coraje para proclamarlo, pero que se le parece mucho, porque del fascismo tiene la cobardía, la vileza y el sentido de explotación de los que trabajan.

Pensar en grande, mirar las cosas con vista de arquitecto y no con mirada de hormiga, a la cual el granito de arena le impide ver todo el edificio. Esa era la única, la auténtica norma que debía inspirar la acción social y política de los revolucionarios responsables.

Desgraciadamente, había algunos revolucionarios y contrarrevolucionarios que empequeñecían la contienda. Los unos, creyendo que la Revolución era tan sólo un cambio de condiciones de vida individuales, sin pensar en que se imponía más que nunca la austeridad y la decencia individuales si se deseaba el bienestar y el mejoramiento colectivos. Los otros, los que se asustaban de la Revolución y la denostaban confundiendo la realidad histórica de la Revolución con hechos episódicos, violencias esporádicas sin trascendencia alguna. Sin reflexionar en que del mismo modo que la erupción en la piel del niño, desagradable en sí, es beneficiosa, por expulsar humores tóxicos, la aparición de ciertas violencias era cruda y dolorosa pero históricamente necesaria para sanear el cuerpo de la Revolución española. Frente a estos dos grupos que, con su

mezquindad de miras, empequeñecían la Revolución, se hallaban los auténticos revolucionarios, dispuestos a llevar la Revolución a su triunfo total, a costa del sacrificio personal que fuese preciso.

Grandeza y miseria de esos hombres que acometían la más alta aventura histórica de los siglos con la pequeñez de su esfuerzo individual; pequeños seres que pretendían, en una genial audacia, mover con sus débiles manos los sillares de bronce, las piedras colosales de la Historia. Cuando se analice con calma el primer período revolucionario, nos asombraremos al meditar en el esfuerzo titánico de los hombres que, apoyados por las masas sindicales, lograron condensar y encauzar el grandioso impulso histórico del momento. ¿Cómo lograron realizar lo que parecía imposible: establecer un orden revolucionario, una cohesión de esfuerzos, una delimitación de funciones, una unificación de esfuerzos?

LOS DOS FACTORES DEL TRIUNFO

A mi juicio, lo que posibilitó esa hazaña sobrehumana fué un hecho que nadie creo haya señalado, y es el de que en toda esa primera época se antepuso la Revolución a los partidos y los hombres supieron ser revolucionarios antes que partidistas.

Esto significa mucho. Porque si en el momento presente dirigimos la vista por la retaguardia y la contemplamos cuadriculada, seccionada en partidos con sus ideales específicos y sus consignas particulares que se anteponen al propio ideal revolucionario, nos parece ahora dificilísima la unificación total de todos los sectores políticosindicales existentes. Y entonces comprendemos la pequeñez de tales afanes partidistas en relación a la grandiosidad de las primeras jornadas revolucionarias, en las cuales el sagrado interés histórico de la Revolución se antepuso a todo interés personal o de partido.

En los primeros días del movimiento la Revolución fué la bandera única bajo cuyos pliegues de luz se agruparon en santa unidad obrera todos los revolucionarios. Así, por la conciencia histórica, por la noción exacta de lo que imponía el momento, que existió en las masas, pudieron los responsables dar forma a lo caótico, ordenar lo multiforme, canalizar el impulso como se canaliza el agua del torrente y hacerle mover las turbinas orgánicas de la nueva sociedad que nacía.

Claro está que entonces como ahora, había hombres con alma canija, alma de coleóptero que, en vez de ayudar, lo que hicieron fué encanijar la Revolución con sus pequeñeces y dificultar la tarea de los hombres responsables moscardeando en torno de ellos y aturdiéndoles con el zumbido de sus críticas o peticiones, sin pensar en que a los abejorros podrá y puede espantarlos la Revolución de un solo manotazo, que acabará para siempre con su monótono y odioso mosconeo de críticas. Porque la crítica leal y noble es siempre sana y constructiva, pero la crítica personalista y mezquina es una labor ineficaz y contrarrevolucionaria.

El segundo factor de realidad histórica, que descubrimos escarbando entre la enmarañada selva de los primeros hechos revolucionarios y al cual se debe también la posibilidad de haberlos encauzado y coordinado, fué el que en los primeros días existiera entre los trabajadores un olvido magnífico y grandioso de sus derechos y una memoria angustiosa y continua de sus deberes.

Todos aquellos hombres que los primeros días olvidaban sus dere-

chos familiares, sociales, profesionales, incluso biológicos, que olvidaban los apremios del hambre y la sed, el riesgo para su propia vida, en aras del deber único, imperativo, que la Revolución les marcaba de darlo todo por la causa. Gracias a esa emulación colectiva que existía entre hombres dispuestos a darlo todo por la causa y a no pedir nada para sí mismos, fué sencillo el armonizar las iniciativas dispares en un principio y comenzar a estructurar el nuevo orden revolucionario. Pero en la actualidad el proceso se ha invertido para algunos. Somos humanos, y comprendemos que quien nada tuvo, que a quien le estuvo negado el pan y la libertad, lo desee todo hoy, pero lo intolerable es que, en quienes nada hicieron por la Revolución, exista una hipertrofia de derechos y una atrofia de deberes, un ansia desmedida de abarcarlo todo para sí mismos y no dar nada en cambio. Oleada de derechos que conduce a errores y precipitaciones que la masa obrera debe cortar en seco oponiendo el dique de los deberes. Porque si ya sabemos que la libertad actual costó tanta sangre y tantos años de sacrificios heroicos para conseguirla, no la vamos a poner en trance de malograrse por conquistar atropelladamente una lluvia de derechos que de nada servirían a los que egoístamente los buscan, puesto que Franco se los destruiría de un pisotón, si antes de conquistarlos no han facilitado con su ejemplar conducta el modo de vencer a Franco.

Así, pues, bajo la bandera de la Revolución se condensaron todas las fuerzas revolucionarias, corporizando en Comités su potencia creadora como se plasmó en la sencillez de unas banderas de humilde percal la grandiosidad de los ideales que se defendían. Los Comités, en su tenaz y entusiasta actuación llevaron adelante la riada revolucionaria. Pero entonces sobrevino para la Revolución una fase peligrosísima que por fortuna ha pasado ya y que yo describía hace unas semanas en un acto de propaganda: la fase de la lactancia.

Había nacido la Revolución como consecuencia del complejo proceso histórico descrito y apenas el infante revolucionario pasados sus llantos preliminares buscó ansiosamente su alimento, surgieron por todas partes hombres que se constituyeron amorosamente en nodrizas del niño revolucionario. Por doquier salían nodrizas que le ofrecían sus jugos para nutrirlo. Todos querían ser ellos los que amamantasen al lactante. Y algunas de esas nodrizas eran tan torvas en su intención, tan bastardas en sus finalidades, que hacían sospechar en que acaso venían de la Galicia fascista y traían envenenadas sus secreciones para intoxicar así al recién nacido.

Con sorpresa veían los hombres de la Revolución aquel impúdico florecimiento de nodrizas que ofrecían su exuberancia nutritiva y hubo un momento en que el recién nacido estuvo en trance de morir por un empacho de jugo lácteo.

EL PELIGRO DEL SECTARISMO

Entre aquellos núcleos que merodeaban en torno a la Revolución, los había también de hombres que venían a la Revolución dispuestos a implantar un dogma o un criterio particulares, estimando a veces que aquello era lo único saludable al movimiento, pero sin tener en cuenta dos hechos fundamentales: El primero era el de que nadie podía creerse en posesión de la Verdad histórica y con derecho suficiente para imponerla a los demás. En segundo término, que todos aquellos núcleos re-

presentaban sectores más o menos ágiles en tomar una situación política, pero que de ningún modo representaban la honda y auténtica dimensión revolucionaria de la masa obrera española. Por otra parte, aquella tendencia a establecer un dogma revolucionario, una rígida línea de conducta —todo el que no estuviese de acuerdo con la cual era un contrarrevolucionario—, implicaba una serie de peligrosas derivaciones. En primer lugar, iban a crear en substitución a las viejas normas teológicas un decálogo revolucionario contra el cual nadie tenía derecho a apelar, con la consecuencia tan desagradable que ello suponía, de que al cerrarse muchas bocas por temor y no pronunciar la crítica honrada o la advertencia leal, iban a dejarse pasar muchos errores sin una voz amiga que los señalase. Pero, sobre todo, por el hecho contra el cual tanto estamos luchando los hombres de la C. N. T., de que si bien los auténticos servidores de la Revolución no se recatarían de proclamar siempre en alta voz su criterio, en cambio, otros, por temor a ser tachados de tibios en la climatología revolucionaria, iban a enmudecer. Con lo cual las propagandas verbales, la Prensa e incluso los dirigentes obreros iban a adoptar la táctica del espejo, o sea limitarse a fotografiar los hechos tal y como se desarrollaban con el objetivo de su intelecto, reproduciéndose así en el mitin, el artículo e incluso en las realizaciones revolucionarias los hechos y situaciones sin comentario alguno, reflejándolos en un espejo que, como el de la fábula, amplificaba y exaltaba las perfecciones, y empequeñecía, hasta hacerlos invisibles, los defectos. Con lo cual, como la Princesa del cuento, la Revolución se miraba en el espejo de sus hombres y no veía sus imperfecciones, creyéndose así dotada de una seguridad y una confianza absoluta en sí misma y sus virtudes, hasta que las últimas acciones bélicas y algunos hechos de retaguardia vinieron a demostrar con violencia y brutal elocuencia que tomábamos vía muerta, que era preciso romper aquel espejo, mirarnos cara a cara con la imagen real que de la Revolución pintaban las aguas de la Historia y ver entonces de afrontar virilmente la realidad tal y como se desenvolvía, para con una nueva táctica guerrera y una nueva orientación económicosocial sacar a la Revolución del pantano en el cual se hallaba sumergida.

¡No! No era el espíritu de fotógrafo el que precisaba y el que aun se da en mucha Prensa. Lo que precisaba era tener alma de artista, visión intuitiva de lo que es y lo que debe ser. El fotógrafo refleja la realidad y la acepta como buena. El artista la crea. Y lo que se imponía era, ante todo, saber apreciar exactamente las grandezas y miserias de la Revolución, pero después tener el valor de acometer la corrección de aquéllas y de no contentarse con saber que las cosas sucedieron bien o mal, sino reformarlas radicalmente con vistas a crear artísticamente una realidad mejor cuando lo que la vida nos daba no era ni deseable ni conveniente. Y esa norma es también la que hoy, aplicada a la guerra y la Revolución, nos dará la victoria, porque la victoria será de quienes sepan, en vez de cerrar los ojos ante un mal, afrontarlo virilmente y resolverlo, sabiendo que sirven mejor a la Revolución quienes le señalan sus errores que quienes la adulan servilmente e inclinan el espinazo ante ella, aprovechando de paso la reverencia para asestarle, si es posible, una puñalada trapera.

En esta fase de la evolución del movimiento, es cuando para el individuo y la colectividad, actores del gran drama ibérico, se plantea imperativamente un vasto conjunto de deberes que aceptar, porque de ellos dependía la victoria. Para el individuo, era sobre todo el de pensar menos en sí mismo y más en los otros. La retaguardia era en muchos órdenes un Palacio de cristal sobre piedras de luz, una gruta de Alí-Babá a la cual acudían todos los reaccionarios, los elementos fascistoides, es-

capados al tamiz revolucionario, como acudían en el cuento a buscar los tesoros de la gruta de Alí-Babá, sin otra diferencia con el cuento que la de que a la gruta del erario público acudían los fascistas, no en número de 40, sino de 40.000 ladrones.

Pero la gruta era toda Iberia, y los tesoros eran el haber del pueblo, con lo cual, el saqueo amenazaba terminar con nuestras reservas y además destruir la moral de los hombres de la Revolución que todo lo dieron por ella y la contemplaban víctima de las apetencias de los recién llegados.

Los que no sentían la Revolución lo supeditaban todo al aumento de sueldos, a los enchufes, a disminuir las horas de trabajo; y en aquella oleada de apetencias en las cuales llameaba en todas las bocas la palabra "derechos" y en ninguna la voz del deber, se ahogaban las más puras esencias de la Revolución.

La colectividad, por otro lado, el pueblo, tenía el deber de percatarse del imperativo histórico del momento. La misión del impulso revolucionario fué libertar a los esclavos del capitalismo. El deber del momento era convertirlos en pilotos del bajel ibérico, para lo cual precisaban, como para toda navegación, dos cosas: conocer las constelaciones y tener una brújula que funcionase. Las constelaciones eran las consignas históricas del momento; la brújula era un plan de estructuración politicosocial de la masa obrera, siquiera fuese provisional.

Así se entró en la fase de constitución de los gobiernos revolucionarios, que respondían a ese deber histórico.

LA C. N. T. ANTE LA POLITICA

La incorporación de la C. N. T. y la F. A. I. a los Consejos de Gobierno no ha sido, pues, ni un capricho, ni una infidelidad a los ideales de antaño, sino la demostración de que frente a la conciencia moral de las masas, se enfronta muchas veces la conciencia histórica.

La auténtica política —hablando en sentido doctrinal— no es imposición o veleidad personal, sino adaptación a la realidad histórica.

Política es hacer, no lo que uno desearía o gustaría, sino lo que se debe hacer. Y las viejas organizaciones, en donde se encuadraban los románticos del ideal apolítico comprendieron su deber. Deber en pugna con su ideología, con sus sentimientos, con sus afinidades. Pero fieles a la Historia aceptaron su destino y las responsabilidades del Poder, sabiendo que al hacerlo no entraban en política, sino que daban una alta lección de moral ideológica, demostraban una fina intuición histórica de sus deberes y sentían por encima de su criterio la necesidad de salvar la Revolución.

Triunfó al entrar la C. N. T. y la F. A. I. en el Gobierno, la autenticidad histórica, la firme realidad, y ante los ojos atónitos de los proletariados de otras naciones se abrió como un abanico de grandiosidades revolucionarias, la actuación en el Gobierno de los anarcosindicalistas que, sobre aportar su espíritu de sacrificio y su idealidad, llevaban a los recintos asfixiantes de la vieja política, ráfagas del aire puro y limpio de la calle. Y representando masas obreras no viciadas ni gastadas por la política y que traían los odres de su personalidad repletos de energía, henchidos de entusiasmo creador.

Esto no lo veían los burgueses, que al observar la subida al Poder de la C. N. T. sentían escalofríos en la medula, porque ellos ignoraban

que aquello era una faceta más del proceso que tallaba la Historia con su grandiosa lima revolucionaria.

Ir a la política era movilizar hombres que a ella llevasen el espíritu de las organizaciones obreras y que, además, fuesen capaces de trazar un plano topográfico, una carta de navegación revolucionaria. Y aquí viene una miseria de la Revolución. En el marco grandioso de ésta, todos los hombres, aun los de alta talla moral, parecían pequeños, y con una lealtad que desconocían los viejos políticos, ellos así lo reconocieron. Se imponían dos soluciones: Una era enviar a los puestos de responsabilidad a los hombres de mayor prestigio e historial revolucionario. Otra era conservar a éstos al margen del Leviatán insaciable de la política en los organismos sindicales, velando desde allí por que se mantuviese la pureza revolucionaria. A mi juicio, esta segunda era la mejor solución. Pero el momento imponía situar hombres que con su historial revolucionario significasen una garantía para las masas obreras, de que iban a saber salir de la política limpios y más revolucionarios que antes. Con lo cual tuvieron que aceptar el sacrificio de poner en juego su prestigio personal, la vieja guardia de la Revolución. Remarco el hecho. Cuantos hoy desempeñamos un cargo público, fuimos a él impelidos por el mandato de una organización y por la noción del deber individual de dar cuanto pudiéramos por la Revolución. Y, sin embargo, sabíamos nuestro destino. Sabíamos que quien aceptase un puesto de responsabilidad se lo jugaría todo: prestigio, salud física, popularidad, tranquilidad mental. Y, sin embargo, aceptamos. Sabíamos que una Revolución devora los hombres insaciablemente y que en la nuestra, como en la Revolución francesa, pasarían, en muy breve plazo, varias generaciones de hombres desgastados por el asperón del tiempo. Y, sin embargo, aceptamos. Habíamos leído Historia y, por tanto, recordábamos que los triunfadores en el sentido personal no fueron nunca los Dantón que dieron el pecho a los primeros embates revolucionarios, sino los Fouché, que venían luego, cautelosamente, a subir, criticando a sus predecesores, y recoger para ellos el botín. Y, a pesar de todo, aceptamos. Y lo hicimos porque lo exigía el momento y lo demandaba nuestra Organización, porque nos lo dictaba nuestra conciencia y nos lo imponía la Revolución, y, sobre todo, porque, siempre románticos e idealistas, aceptábamos, a cambio del precio amargo de los disgustos, las críticas y la ruina de la salud, la gloria de ser los que abriesen a hachazos un camino en la selva virgen y caótica de las primeras jornadas revolucionarias, y porque, sobre todo, no veníamos a pedir que nos diese un prestigio la Revolución, sino que veníamos a jugarnos el que pudiéramos tener y a ponerlo íntegro al servicio de la causa.

LA MISERIA DE LA CRITICA

Reflexionad, por tanto, reflexionen todos, en lo amargo que nos resulta oír las críticas acerbas y despiadadas de los envidiosos, los egoístas, los que sueñan en derribarnos para situarse ellos. Sí, eso es muy fácil. La crítica destructiva es facilísima, por eso abunda tanto esa miseria de la Revolución. Lo que ya no es tan fácil es que la crítica sea leal, constructiva, firme, bienintencionada. Esa sí que la deseamos y la aceptamos. Pero la otra es ineficaz porque sólo ataca las personas y no mejora sus acciones. La otra es insidiosa y estéril, porque pasamos junto a ella

con un gesto de asco y de desprecio, ante esos parásitos que pican el cuerpo de los hombres de la Revolución, y a los cuales el mejor día barreremos con una rociada de insecticida. La otra crítica es, por fin, fascistoide y contrarrevolucionaria, porque no ataca y destruye a los hombres, sino que critica, de rebote, a las masas que en ellos depositaron su confianza.

Y los que así proceden, los que no respetan el sacrificio de hombres que se lo juegan todo sin pedir nada, que entregan su sueldo y trabajan catorce horas diarias, y aun pretenden hundirlos, no piensan en que la masa obrera pudiera, en un momento, dejarse sugestionar por aquellas críticas y retirar a los hombres criticados, pero que después, al darse cuenta del engaño y ver que sus fiscales sólo deseaban situarse ellos para obtener un lucro personal, serían las mismas que, implacables, barrerían a los arribistas hacia esas covachas lóbregas de las cuales ya no volverían a salir, como a topos enemigos de la luz y de la sinceridad.

¿El prestigio personal? ¿Sabéis lo que es un prestigio? En un militante sindical, es el fruto de años de cárcel, destierro, hambre, persecuciones, trabajo infatigable en los Comités. En un técnico es el resultado de largos años de estudio, labor y propaganda entusiasta. Un prestigio no se improvisa. Hay muchos que confunden la popularidad con el prestigio. Y los hombres de la Revolución, he ahí su grandeza, tienen un prestigio ganado a fuerza de puños, al cual se superpone hoy la falaz popularidad que da la política. Al cesar estas circunstancias y volver a su tarea habitual, se atenuará la popularidad, pero restará el prestigio, que nunca pueden romperlo las débiles lenguas de los criticones, porque está forjado en el bronce de muchos años de lucha y de trabajo. Yo, desde hace diez años vengo luchando en silencio y viendo en los que hoy nos adulan, desprecio, odio o ironía, porque ellos no comprendían que un hombre sacrificase su profesión y su economía particular a un ideal revolucionario. Sancho Panza se reía de los Quijotes. Y hoy les vemos, con asombro, disfrazarse de revolucionarios en los Sindicatos, y hasta intentar criticarnos. ¿Con qué derecho? Porque para criticar con derecho hay que tener la misma talla moral del criticado. Y ninguno de esos recién llegados que disparan a quemarropa sus demandas tienen solvencia revolucionaria para criticar y denostar —a nuestras espaldas, porque cara a cara no se atreven— a los que les dieron siempre una lección de hombría y de idealismo. En la Revolución, en sus puestos de responsabilidad, nos jugamos todos esos valores morales que valen más que la misma vida, que es una accidentalidad limitada en el espacio y su área física, siendo el prestigio una ejemplaridad ilimitada en el área del recuerdo. Ante tales hechos, bien vale la pena de que, superando nuestras pasiones, guardemos las críticas para la hora de la victoria y sepamos callar y alentar a los que, como compensación a la carga de sus responsabilidades, deben de tener el aliento de sus camaradas de momento histórico.

Aplicando tales conceptos del orden individual al colectivo significan que era preciso dar autoridad moral a los hombres responsables en la Revolución, no para proporcionarles respeto en las palabras y desacato en los actos, sino para facilitarles la tarea, porque hacer lo contrario era convertir el Consejo de Gobierno y los Comités responsables en un tiro de pichón público, en el cual podía libremente, todo el que quisiese, jugar al Pim-Pam-Pum con los consejeros.

RIESGOS DE LA NUEVA POLITICA

Nuestra Revolución tuvo la grandeza de evitar esa megalomanía, ese delirio de grandezas personalistas que acometía epidémicamente a muchos de los viejos políticos, dando, además, una tónica de austeridad y de honradez. Recuerdo que un viejo político decía, en la intimidad, recientemente: "¿Pero qué hacen en la Generalidad los hombres de la C. N. T.? Trabajan diez o doce horas diarias, renuncian a parte de sus ganancias, no roban ni cohechan a nadie. ¿Pero qué políticos son éstos, y adónde va a ir a parar la política?" Y yo me decía: "¡Nada, nada, como no se roba, ni se estafa, ni se atropella a nadie, esta gente no nos toma en serio!"

Si acaso ha habido un leve delirio, ha sido en la creación. El proletariado en el Poder ha mostrado su capacidad creadora, su genio de artista histórico, si bien esta grandeza podría convertirse en miseria, en cuanto dejásemos que la visión ultramontana de realizaciones utópicas nos velase los imperativos humildes pero ineludibles de la hora. Recuerdo ese alcalde de un pueblo andaluz que andaba todo el día preocupado con un proyecto de "legalización jurídica del amor" y a alguien que le interrumpía en sus meditaciones para preguntarle sobre un problema de defensa del Municipio contra posibles ataques, le decía: "Dejaos de novelas y vamos a realizar mis proyectos"; recordando aquella noche en que Balzac, después de exponer a su amigo su proyecto que le valdría cinco millones de francos, terminó por pedirle cinco francos para cenar. No es eso, no. Seamos como Gandhi, idealistas, pero idealistas prácticos. Y en todo momento evitemos la miseria de pretender desarrollar ideas de alto vuelo en circunstancias de corto circuito histórico. La mejor actuación presente es la de saber ceñir nuestros proyectos a lo que la realidad histórica permite, y faculta esa otra realidad de la guerra, sin la cual toda estructuración se esfumaría como humo en el azul.

Además, si deseamos ser fieles a la circunstancia histórica, hay que saber retener en su cascarón los polluelos de las grandes iniciativas y esperar a que se disipen las nubes para dejarlos volar libremente.

El prurito de imitar otras Revoluciones y querer así, forzando la marcha, imponer una política de tonterías, no debe consentirse. El proletariado ha llevado al Poder su afán creador, pero no debe mixtificarlo haciendo de la nuestra una servil imitación de otras Revoluciones. En el mejor de los casos, ello nos conduciría a crear un concepto anacrónico de la Revolución y a forjar revolucionarios de maniquí. La Revolución no debe buscar su genialidad histórica en su fachada, sino en lo que hay detrás de ella. Por lo tanto, debe evitar el estar polvorienta de violencias estériles y gritos histéricos, para ser exacta como un taller de relojería, limpia y silenciosa como una clínica.

LA RECONSTRUCCION ECONOMICA

En el caso concreto de la Economía, esto supone una serie de consignas en las cuales el individuo vuelve a enlazarse a la colectividad. En primer término, porque la restauración de la Economía nacional no es la obra de un consejero ni de un Consejo, sino de toda la colectividad, de que cada uno cuide de cumplir su deber y olvidar un poco sus derechos, de que se miren menos las tarifas sindicales y el reloj, y si se mira

el reloj, que no sea para acortar el horario de trabajo, sino para hacer que la hora siguiente esté más apretujada de obras realizadas que la hora anterior.

Más aún. De nada valen las aisladas iniciativas económicas si no obedecen a un plan de conjunto. Pensad todos en que nada supone el acierto parcial que rija la colectivización de una empresa o de toda una comarca, si el conjunto de la Economía cabecea y se desmorona. La máquina de la Economía nacional debe ir toda bien, si no queremos que aun funcionando con regularidad algunas ruedas, se descomponga toda ella. Lo interesante no es mejorar la economía individual o de grupo, sino todo el volumen de la riqueza nacional, y para eso, en el porvenir deberá existir un organismo, un Consejo Nacional de Economía que marque las líneas monumentales, pero sencillas, que han de encarrilar el renacimiento de la Economía ibérica. Dos grandes factores deben intervenir en la gestación de ese renacimiento. Por una parte, la comprensión de que la Economía no es una observación metafísica, sino la cristalización de problemas palpitantes, que en el papel se plasman en cifras y en números, pero que en la realidad toman cuerpo y sangre en la figura del campesino arando la tierra dorada bajo el azul radiante o en la del herrero martillando sus bronces en la fragua. La Economía brota por el hecho de que todos esos obreros, individualmente, comprendan que para mejorar su situación personal es ineludible la colaboración de todos al mejoramiento nacional y que, por otra parte, sin una estrecha cooperación de otras naciones no puede desarrollarse una Economía floreciente; lo cual es una enseñanza para que no espantemos a nuestras amigas internacionales con el espectáculo de egoísmos a destiempo o discordias fratricidas.

EL FACTOR PSICOLOGICO

Pero la Economía, con cuya futura grandeza o miseria tiene tanta relación la suerte de la Revolución social, está altamente influida por los factores psicológicos. Para llevar adelante la obra revolucionaria, precisa se incorpore a ella la masa neutra que hoy milita, por inercia, en las organizaciones sindicales, pero que no ama ni actúa por la Revolución.

Nuestra tarea, a tal respecto, es huir de todo fanatismo partidista para que nadie se asuste. El coco está bien que lo haga Mussolini, que puede hacerlo perfectamente, entre otras cosas, por su cara hosca y la dureza de su cabeza, pero la Revolución, en oposición al fascismo de cara seria "mussolinesco", debe huir de las caras feroces y ser alegre y sonriente, despertando así en el alma popular una Primavera de Ideales, sin los cuales no hay tarea ni mejoramiento económico posible.

Hay que ser optimistas, alegres, y, sobre todo, dar a los sectores de clase media, aun aterrados, la garantía de su tranquilidad y su incorporación a la gran faena histórica que acometemos de rehacer un pueblo. Porque ilusionar a ese pueblo es darle alas para volar hacia el más lejano y difícil horizonte revolucionario. Todo lo demás, el gesto hosco y la palabra agria, es fomentar el absentismo de la Revolución de núcleos que pueden, una vez depurados de hábitos arcaicos y libres de prejuicios, colaborar noblemente en la misma. Entonces, cuando se abran las puertas de cristal por donde entran al espíritu de la clase media los rayos de la ilusión, se podrá prescindir de los que aun persisten en prescindir de la Revolución.

Lo que más aterra a esos indecisos, han sido las inevitables violencias de los primeros tiempos de la Revolución. Ellos no se dan cuenta de que tales violencias son el impuesto doloroso, pero inexorable, que pagan a la Historia las Revoluciones. Hay ya quienes piden un "orden". ¿Un orden? Conformes, pero un orden revolucionario, un orden de justicia social,: de igualdad, de libertad absoluta; nunca un orden en el cual la ficción legal fuese la compuerta que abriese de nuevo paso a las aguas turbias de los atropellos de antaño.

La nueva organización social facultará esa ordenación revolucionaria al formarse los nuevos organismos obreros. Cuando la comarca sea, que lo será, la parte anatómica primordial del nuevo cuerpo ibérico; cuando los Consejos locales y asambleas comarcales encuadren a las masas obreras en una ordenación social justa; cuando un programa revolucionario de conjunto basado en objetivos concretos elimine lo que de mísero hay siempre en la angustiada prisa de la forzada improvisación a que estamos sometidos, entonces sobrevendrá la ordenación que lleva siempre inherente la igualdad y la justicia, y sobre todo sobrevendrá la marcha rauda de la Revolución hacia sus altos destinos históricos, hacia su máxima grandeza.

Hoy observamos que algunos maquinistas de la Revolución van adelante, muy adelante del resto del convoy que quedó atrás. ¿Por qué? Porque ha faltado en algunos sectores la ilusión de mantenerse al ritmo veloz que desde el 19 de julio hemos llevado. Y lo que se impone no es hacer retroceder a los maquinistas, sino adelantar el convoy a copia de puños y de sudor, de alentar a quienes lo empujan, diciéndoles que ellos también pueden llegar a ser revolucionarios.

Pero revolucionarios con una condición: la de serlo sin condiciones, que es la única condición para ser revolucionario.

LA AUSENCIA DE DIRIGENTES

Con esa norma la Revolución marchará adelante, sin estancarse en la lluvia de tópicos actual que encubre el vacío de muchas conductas. Nuestra Revolución ha germinado como un plantel colectivo, sin capitanes que la dirijan. Una de nuestras grandezas ha sido esa, la de ser el nuestro un movimiento de masas, sin dirigentes que son siempre, en realidad, la proa de un movimiento que los empuja. Un pueblo que parecía dormido se levanta, se pone en pie, sacude su miseria, sus harapos, sus cadenas, y alta la frente abre con sus brazos un boquete en el negro horizonte capitalista, y de allí extrae la perla de su futuro histórico. Pero en esa grandeza está ya el germen de la miseria antagónica. Porque un movimiento orientado por líderes o caudillos, si bien está a merced de sus arbitrariedades, en cambio resulta fácil de controlar porque basta con orientar a los dirigentes. El ser el nuestro un movimiento de masas sin figuras caudillistas —aunque, todo hay que decirlo, con muchos figurones— implica la dificultad de encajar la gran masa obrera en planos superiores, en reajustes ,en reorientaciones; pero, en cambio, la pone a cubierto de las mezquindades de los caudillos y nos da la garantía de la victoria. Porque un pueblo que sabe, sin tutela de jefes, romper sus amarras y lanzarse hacia el puerto de su porvenir, es un pueblo cuya Revolución nada puede torcer. Por eso, yo me sonrío cuando alguien pretende decir en voz baja bulos que asustan a los tímidos: Levantamientos, luchas internas, rebeldías contrarrevolucionarias. Tengamos

un poco de seriedad. Eso es posible en un país en donde una minoría audaz sojuzgue a las masas, pero no en donde la masa, de modo casi unánime, ama la Revolución. Lo que pasa es que hay alguien que se dedica y juega a hacer el fantasma para asustar a los tontos. Para esos casos está la gran medicina con la que siempre se esfumaron los fantasmas: La escoba. Y los fantasmones van a encontrarse algún día con una escoba o con algo peor, que les quite las ganas de jugar al coco para siempre.

MISION DE LOS SINDICATOS

Claro está que para evitar tales peligros deben crearse organismos puramente técnicos, estrictamente ceñidos a su función técnica, que sean la base de la sociedad futura, que defiendan fríamente la Revolución contra nuestras propias arbitrariedades, cambios de orientación y apasionamientos. Esos organismos son los Sindicatos. Los Sindicatos agrupados en Federaciones de Industria y los Consejos técnicos de ellos emanados deben ser la autoridad suprema en el nuevo orden revolucionario, los que perfeccionen y pulimenten las facetas del diamante revolucionario, y evitar que pretenda cobrar o pasar factura a la Revolución quien no supo sacrificarse por ella. El Sindicato será en lo futuro el organismo técnico de la Revolución, y a su través fluirá de la rocosa peña sindical el chorro límpido del proceso revolucionario.

Hay quien se alarma ante esto que es tan sencillo y tan lógico como lo es el control de los aspectos técnicos y de trabajo por los Sindicatos y temen que ellos lleguen a mecanizar al hombre. Y yo os digo que nunca aceptaríamos esa tutela sindical si en ella estuviese amenazado el factor hombre. Porque la individualidad creadora debe siempre respetarse, puesto que si bien es posible controlar y engranar en su ajuste el trabajo técnico del hombre, lo que en el hombre hay de genial y de espontáneo, esa centella de inspiración que en el artista crea la belleza y en el investigador la Ciencia, eso no puede ni debe matarse nunca, porque antes que nada, por encima de organismos y de las propias ideas está el hombre que es el creador de todo: El hombre, motor de la Historia, que con las grandezas de su pensamiento y las miserias de sus limitaciones crea las eternidades de la Historia en un vuelo excelso que le lleva a trascender su personalidad.

NUESTRO MISTICISMO

Se nos dirá que eso es tener un concepto místico de las cosas. Conformes. Si haber alimentado y defendido la idea revolucionaria en años de represiones, es ser místicos y románticos; si llevar a la vida pública un inagotable idealismo y un afán creador, una inspiración artística y ardiente, es ser místicos y románticos; si estar dispuestos a darlo todo sin pedir nada, a sacrificarnos por el Ideal, a luchar por él siempre, es ser místicos y románticos, lo somos y lo seremos. Pero ser místico no es limitarse a soñar utopías envueltas en la nube de oro de la fantasía, sino realizarlas. Mística fué Teresa Sánchez, y realizó la unidad espiritual de Castilla en su tiempo, encendiendo las desoladas estepas cas-

tellanas con su verbo, llevándose pegado a sus sandalias el polvo de todos los desiertos de Castilla; místico fué Vivekananda, y supo, arrostrando el hambre, la miseria y la muerte, romper las cadenas de la India y dispersar con el látigo de su palabra el rebaño de una burguesía encanallada para lanzar la semilla de luz de su código de fraternidad y de justicia, de sus ideas de que el único dios que hay es el hombre, sobre todo el desvalido; místicos seremos todos los que, estando dispuestos a morir por el Ideal, no toleraremos que nadie lo prostituya con sus egoísmos o lo destruya con críticas cobardes que antes eran propias de sacristías y hoy se practican en las nuevas sacristías que se han creado los parásitos de la Revolución, para miseria de la misma.

Nuestro misticismo nos lleva a creer en una serie de posibilidades: en el poder creador de la palabra, que hoy y siempre será lo que orienta, dignifica, crea y estimula, hasta el punto de que citaba yo hace años en un libro mío, que el origen de muchos mitos teúrgicos de la India védica, fué la palabra que les dió una corporeidad lírica en el alma popular. Creemos en esos valores espirituales del alma que muchos han olvidado para miseria de la Revolución. Así, recuerdo un metalúrgico de Barcelona con el que me unen lazos fraternales de afinidad ideológica, que me vino a decir: "Yo no he creído en el Dios de los católicos porque largos años, cuando era un niño, aguardé en vano su milagro, el tener una ayuda extrahumana en horas de angustia y desoladora orfandad. Yo le he buscado en mi alma, en noches en las cuales marchaba al campo, sereno y susurrante, oloroso a hierba y tierra húmeda, trémolo de vidas invisibles, bajo los corazones de luz de las altas estrellas, y allí aguardé en vano. Hoy he recogido un niño refugiado, gorrión malherido en el alma por el plomo del recuerdo de lo visto en su tierra. Y yo soy Dios para él, un dios-hombre que le da lo que yo demandaba en vano". Ese ingenuo misticismo es el que hemos llevado a toda nuestra actuación y el que da un sello de grandeza a nuestra obra, el de hombres que morirán por la causa, y al caer de rodillas en la barricada, aun llevarán pintada en los ojos la estampa de luz de su Ideal. Toda nuestra obra lleva el colorido radiante de un afán espiritual por enaltecer la civilización. Y así la Sanidad y la Asistencia Social, grandezas supremas de la Revolución, acometen una realización gigantesca: La de convertir la Sanidad aristocrática en medicina popular, y la Asistencia Social en solidaridad humana, obra que no quiero citar aquí porque habiendo aportado a ella mi propaganda de hace muchos años y mi modesto esfuerzo, parecería que mechaba la conferencia con unos cartuchos de autopropaganda.

LA CULTURA REVOLUCIONARIA

En Cultura, la Revolución está verificando una transformación asombrosa. El hecho de que en las primeras jornadas de julio el pueblo convirtiera frenéticamente cuantos establecimientos o mansiones lujosas conquistó, en Escuelas y Hospitales, indicaba que de unas y otros se vió siempre falto y que ahora iba a remediar tal deficiencia.

Organismos comarcales de cultura, las Universidades populares, las Escuelas libres de Bellas Artes, y, sobre todo, la tarea del C. E. N. U. creando más escuelas en cinco meses que en lo que va de siglo, el mejoramiento económico de los maestros que pasan de jornadas de hambre a salarios dignos. Y al lado de todo ello, iniciativas como la "Semana

del Niño", que revelan cómo las manos de bronce del obrero combatiente saben ser aterciopeladas cuando acarician al niño. Así marchamos hacia una cultura nueva para la cual será poco cuanto se haga. Porque los obreros del espíritu que, como yo, hemos hecho de nuestra vida una eterna comunión con la Cultura, sentimos ahora un trémolo de emoción al pensar en lo mucho que por la Cultura podremos hacer en el porvenir. Cultura que no debe ser ya solamente de intelectuales. El ideal de un pueblo civilizado es un alto nivel de cultura y no que exista una brillante minoría de intelectuales. Y yo os digo aquí que, al terminar la guerra, no demando nada a la Revolución, más que un puesto anónimo de trabajo entre quienes laboren por la Cultura, por organizarla y propagarla. Eso es mi futura actuación revolucionaria. En el momento presente, para grandeza de ellos mismos, fraternizan ya los obreros de la mano y de la mente, formándose equipos mixtos de obreros manuales e intelectuales. Yo les saludo porque ellos serán los forjadores de la nueva Era.

Desgraciadamente, algunos intelectuales de mísero espíritu marchan al extranjero, y habiendo huído en fuga cobarde, dejan que su lengua emprenda una fuga de críticas más cobarde todavía. Compadezcámosles. Porque menguada cultura es la del hombre a quien sus conocimientos helaron el corazón y le hicieron vivir de espaldas a los dolores y alegrías del pueblo. Pero aprendamos la lección para respetar a los técnicos que, no sintiendo plenamente la causa revolucionaria, ofrezcan lealmente sus servicios. No les asustéis. Respetad al maestro, al médico, al ingeniero, al investigador que realizan a satisfacción su oficio. El técnico no se improvisa, y sobre ellos ha de basarse toda la sociedad futura. Una cara feroz, una amenaza, dificultan o anulan esa paz y esa libertad espiritual que el técnico precisa para crear. Recordad que la Rusia soviética se halló desde su advenimiento con el sabio fisiólogo Pawlow, que en voz alta, lealmente, declaró su disconformidad con el nuevo régimen. Sin embargo, Pawlow era un valor intelectual. Y el proletariado respetó su ideología y le facilitó medios para desarrollar su labor, con lo cual Pawlow dió días de gloria a la U. R. S. S. y acabó siendo un colaborador de la misma.

Se ha de evitar cuanto represente desgastar al técnico, así como que en todos los ámbitos de la cultura vuelvan a infiltrarse elementos indeseables; toda la intelectualidad reaccionaria que sigilosamente vuelve de puntillas para invadir Universidades y centros culturales. Respetadles y usad sus servicios, pero que no se adueñen de los resortes de la Cultura y el Arte. Porque el proletariado que supo convertir Seminarios en Universidades, sabrá impedir que las Universidades vuelvan a convertirse en Seminarios.

Nuestro plan no puede ser más constructivo y armónico, pero aun en el caso concreto de Cataluña, vuelan como abejas rumorosas, sospechas, recelos sobre lo que algún sector teme que pudiese representar nuestro movimiento revolucionario en el orden autonómico.

PATRIA NACIONALISTA Y PATRIA HUMANA

Se teme por algunos que nuestro ideal de patria suplante al ideal del nacionalismo. No teman por eso. Nosotros no hacemos sino ensanchar el amor al término patria para convertirlo en un amor a la patria del Mundo; cambiamos la patria nacional por la patria humana; borra-

mos las fronteras y establecemos la fraternidad humanista que, por ser espiritual, no reconoce las barreras geográficas del nacionalismo. El ideal nacionalista es un concepto más intelectual e ideológico que afectivo; el Ideal de Humanidad tiene raíces profundas en el alma de todos los vivientes. Y nosotros queremos simplemente extraer a la luz esa honda vena de emotividad humanista que existe en todos los hombres. Oponemos el regionalismo fértil y creador, que da autonomía a la comarca, al Municipio, a la región, y las facultades para crear su vida, al nacionalismo sectario y fanático, estéril y creador de antagonismos. Deseamos el autonomismo progresivo, no el nacionalismo limitante. Y ello por una razón. Porque vuelve a estar el factor hombre por encima de banderas y de divisiones fronterizas.

Yo he visto al hombre de Castilla, arando en las mañanas heladas de invierno, bajo un cielo que es un ala de plomo, sobre una tierra bajo cuya corteza de hielo se ahoga la tierra aterida. Aquel hombre, solo y triste en la inmensidad gris de la llanura, con el alma oprimida y los ojos llorosos de frío, realizaba la epopeya del trabajo, la lucha heroica del hombre con la Naturaleza, y aquel hombre grande y digno, en su soledad y su dolor, era igual en sus necesidades y hermano en sus pesadumbres al campesino de Galicia, abriendo el surco entre las brumas de suave algodón, o al payés de Cataluña, que voltea la semilla con brazo de acero, bajo el cielo brillante de nuestra región. Variaba el escenario, el campo, las tierras mojadas de rocío, agrietadas de hielo o resecas de calor, pero el hombre era siempre el mismo en su trabajo y sus penalidades. El campesino era igual, y como el consepto de nación no lo da la Geografía, ni aun la capa externa de las costumbres, sino los hombres mismos, nosotros creemos en una patria humana sin fronteras ni banderas, en la cual, frente al ideal nacionalista, ondee un pabellón de fraternidad y suene como clarín de triunfo el latir hermanado de los corazones.

Nosotros deseamos la libertad plena de Cataluña, pero lo que no toleraremos es una Cataluña en la cual el ideal nacionalista, los tópicos sentimentales, encubriesen un vacío social, humano y revolucionario. Se nos grita, a veces, por ciertos sectores: "Cataluña". Como si aquel grito noble fuese una contraposición a nuestro ideario. Pues bien, digámoslo rotundamente. ¿Cataluña? ¡¡Cataluña, sí!! ¡Pero *Cataluña revolucionaria*, no una Cataluña en la cual el ideal nacionalista estuviese vacío de sentido revolucionario!

Cataluña liberada en la libre Confederación de pueblos ibéricos, rutilante como una joya histórica, ejemplo y admiración del Mundo entero.

ANTE TODO, LA GUERRA

¿Qué hace falta para realizar todo esto que hemos plasmado? Muchas cosas. Primero, no olvidarnos del pavoroso interrogante de la guerra que precisa ganar, porque sin ello se desvanecerían nuestros ensueños.

Y la guerra se ganará por una movilización general, pero racionalizada, no enviando los hombres mecánicamente a puestos de combate, sino adonde más puedan rendir de acuerdo con sus aptitudes, incorporando a la juventud, vanguardia heroica de la Revolución, a todas las tareas, dando a la mujer la autoridad, la solvencia moral que merece por su actuación. Y, sobre todo, fraguando la unidad sindical, la autén-

tica, no la de labios afuera, sino la de corazones adentro; no la del mitin o el artículo, sino la del taller o la oficina, pues en ningún sitio como en el trabajo o la lucha se puede establecer una auténtica fraternidad. Esa unidad se está haciendo, lo sabemos. Se forja en el frente ante el peligro con lazos imborrables, y en la retaguardia, ante el trabajo. Y los que temen lo que pueda suceder al terminar la guerra, que no tengan cuidado alguno. El pueblo obrero no derramará nunca su propia sangre. Las comarcas que hoy son cálices llenos de sangre de luchadores, serán el cáliz donde se ungirá la nueva Era. ¿Y quiénes controlarán el movimiento? ¡Los mejores! Los más audaces, los más abnegados, los que más sangre hayan vertido y más idealismo aporten. Esos irán a la cabeza. Los que al preguntarles: ¿Marxismo o Anarquismo?, sepan responder: ¡Revolución Social!

GRANDEZA Y MISERIA DE LA REVOLUCION

¡Qué grandeza la de nuestra Revolución, si sabe remontarse en vuelo de águilas sobre estas miserias! Entonces los que acusan a la Revolución de las miserias de ciertas inevitables, aunque dolorosas, violencias, comprenderán que recuerdan a los mercaderes buscando el tesoro en la roca pelada en vez de buscarlo en las cimas de la montaña. Los que buscan la Revolución en las violencias, en los robos, en los desórdenes de los primeros tiempos, comprenderán que el espíritu excelso de la Revolución no está ni podría estar ahí, sino que está en la tragedia de Lina Odena, en la heroicidad de Aida Lafuente, en la muerte de Durruti, en dondequiera un hombre rompió las cadenas de un oprimido o murió por una Idea.

Y nada más. Al final de nuestro análisis rápido de la Historia de las grandezas y miserias de la Revolución, volvemos a encontrar al hombre y al pueblo que hallamos al comienzo de la conferencia. Entonces el hombre rompía sus cadenas frenéticamente, el pueblo buscaba su horizonte histórico. A los siete meses de guerra, el hombre trabaja, piensa y lucha por la victoria; el pueblo labora por consolidar la Revolución. El camino que falta es largo y áspero. Aun los pies del hombre han de lacerarse por los espinos; aun el pueblo ha de subir dando tropiezos, el calvario de amargura en su ascensión hacia la luz. Pero el hombre sonríe, seguro del triunfo y con los ojos llenos de luz sigue la marcha; y el pueblo, cabalgando en la Historia, galopa hacia su excelso destino.

No puede ya detenernos nada. Todo lo dimos, todo lo daremos por la causa. Se avecinan horas graves, pero en el hombre y el pueblo vibra como un bronce épico la noción de los deberes del momento.

Renace en los hijos del pueblo la sangre derramada por los luchadores; y en la vanguardia, forman el espectral ejército de los caídos. Toda la Historia de los oprimidos reverdece en nuestra gesta. Los hijos del pueblo que fueron atados a la cola del caballo persa, que fueron esclavos en Babilonia, siervos en la Roma imperial, vasallos del feudalismo, toda la gleba triste y gris, llorosa y sufrida de la Historia, se alza en pie en nuestra alma. Y a su clamor de venganza responde el pueblo con su silencio. Con un silencio en el cual vibran ya los clarines del último ataque. Toda la legión gloriosa de nuestros caídos, de los perseguidos, de los mártires de la Idea; todos los pensamientos altos y las ideas justas, forman la aureola espiritual que nos empuja hacia la Victoria.

Vindicamos todas las causas grandes y nobles de los oprimidos y esclavizados, y nuestra conducta individual debe ser una nota anónima en la sinfonía heroica de la Revolución.

Refiere Romain Rolland que, a la muerte del héroe indio Vivekananda, se oían los coros heroicos, las voces augustas, los cantos de bronce del Judas Macabeo de Haendel. A la muerte de nuestros héroes en el frente, percibimos también el coro heroico de voces internas que cantan en el alma del pueblo, el cántico del triunfo que se acerca, alba de eternidades que matará la sombra.

Y esa voz, que es la misma voz de la Historia, nos dice la excelsitud de la Revolución. Y nosotros la amamos tal y como es, con sus grandezas y sus miserias, porque cada grandeza es un trompetazo que proclama nuestro idealismo, y cada miseria es un recuerdo de que somos humanos y, por tanto, falibles, y es a la vez el germen de una grandeza futura.

Por eso, yo, compañeros, recogiendo en la mezquindad de mi voz individual el eco de las voces de la Historia, os digo: ¡Grandezas y miserias de nuestra Revolución! ¡Miseria final del alma para quienes no luchen por ella; grandeza suprema de los caídos, y por encima de todo, coloquemos la promesa solemne de luchar y vencer por el triunfo de la Revolución!

Precio: 15 Cts.